

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

SORTEA ANUALMENTE LIBRETAS DE LA CAJA DE AHORROS PARA FAMILIAS POBRES

FRANQUEO  
CONCERTADO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » » 5 » » »	
500 » » » » » 25 » » »	
1000 » » » » » 50 » » »	
Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.	
Incluidos gastos de correo, sin certificar	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico  
20.000 EJEMPLARES

## ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

## Resurrección

Juan era un excelente obrero, demasiado violento, sin duda, en la defensa de lo que suponía sus derechos y de lo que llamaba sus ideas, negativas en verdad, aunque a ellas se adhirió fuertemente como si constituyesen un credo positivo; pero era honrado a carta cabal, y nadie, ni los que con más dureza lo trataron, pusieron este punto en duda.

Allá en su niñez, fué, como todos ó la mayor parte de los de su tiempo, buen cristiano y hasta tuvo sus temporadas de piadoso fervor; más la necesidad, que lo sacó de la escuela y lo llevó a un taller, para aprender un oficio, esforzó en él sus disposiciones y el deseo de saberlo todo y lo llevó a leer periódicos, folletos y libros y a oír discursos en los que aprendió cosas bien contrarias a las antiguas.

Durante algún tiempo disintió con sus compañeros, hasta que las risas y sarcasmos le obligaron a callar, acabando por separarlo de la Iglesia y por abandonar los actos del culto cristiano, corrompiéndose como otros muchos de sus compañeros.

Era un obrero hábil, laborioso y exacto cumplidor de sus compromisos y creó una familia honesta por su voluntad, y acabó siendo un eco de los más furiosos corifeos de la secta socialista, por lo que vino a parar en lo mejor de su edad en peligroso, pobre, ocioso fortuito y desesperado.

La última vez que se vió despedido, sin causa a su juicio, acudió a un letrado, que le oyó benevolmente; pero que después se negó a defenderlo de la tiranía del Marqués, no obstante constar a Juan que entre aquel y don Luis existían abismos de esos que los hombres no suelen franquear; más en el ánimo del obrero, al odio a muerte que sentía al Marqués se unió el que comenzó a sentir contra el letrado.

El paro se prolongó y la pobreza lo obligó a cambiar de casa y a refu-

giarse en una bohardilla, sabiendo poco después que en el piso segundo de la misma casa vivía don Luis y en el principal el Marqués, propietario de la casa.

Su furor fué grande; mas se templó mucho al saber, que la señora del segundo piso, percatada, sin duda, de su desgracia, se cuidaba de sus pequeños, acariciándolos y regalándoles, y que daba a su mujer ligeras ocupaciones que le permitían recibir decorosamente mercedes y alimento de como aditamento lo ganado.

Un día en que no esperaba comer, por que se desvaneció una muy fundada esperanza de productivo y estable trabajo, llegó a su casa con la negrura del alma y encontró un verdadero banquete.

Era un espléndido regalo de la señora de don Luis a su mujer, cuyo santo era el de la fiesta del día.

Comió para no turbar la alegría y terminaba verdaderamente agradecido, al contemplar la alegría de los suyos, cuando la criada del segundo se presenta diciendo:

—El señorito se muere; la señora desea que su marido de usted—hablando a la mujer de Juan—haga el favor de avisar en la parroquia para que venga el Viático.

Juan tenía presente el beneficio último, se acordó de su niñez y se lanzó desmonterado por las escaleras, saltando a grupo los escalones.

La puerta de la calle estaba obstruida por el coche del Marqués, que iba a entrar en él.

Un criado altanero y adulator detuvo a Juan, ordenándole que esperase.

—Voy por el Viático—contestó el obrero entre iracundo y pesaroso.

—Pues pase V. al carruaje,—dijo el Marqués—así iremos más pronto y lo traeremos debidamente.

Y el marqués lo hizo entrar y sentarse a su lado.

Juan se sentía enternecer con la conducta de su enemigo, con quien habló del enfermo breves momentos.

Al volver, caía espesísima lluvia: el

Señor, en manos del sacerdote, venía en el coche, y, mudos en el asiento frontero el Marqués y Juan, únicos acompañantes con los faroles.

Subieron las escaleras, en las que se les unieron algunos vecinos y llegaron al segundo.

Don Luis había confesado y estaba muy débil.

Era preciso sostenerlo y el procer invitó al obrero a que le ayudase.

Por un momento estuvieron los tres abrazados estrechamente, mientras que el Señor se daba en alimento al enfermo, y los tres se miraban con amor y derramaban abundantes lágrimas.

Cuando, acompañado Jesucristo a su templo, volvían Juan y el Marqués en el coche, por insistencia de éste, el obrero escuchó de labios del procer:

—Ante Dios desaparecen todas las desigualdades humanas, todas las prevenciones y todos los rencores: nunca hubiese creído que yo podía reconciliarme con D. Luis.

—Ni yo con él y con usted—sollozó Juan.

Y el procer estrechó su mano y quedaron citados para el día siguiente en el que el porvenir de la familia obrera quedaba asegurado.

Y Juan no supo responder a aquellos de sus compañeros que lo censuraron más que diciéndoles:

—Estaba dormido y desperté, sufrí una larga locura y he curado; como el Marqués, D. Luis y yo nos hemos reconciliado se reconciliará el mundo; pero no hay otro camino.

Issa-Ar-Rumi.

## ¡A luchar!

Hay en España 34.366 escuelas públicas, 5.212 privadas, 5.014 católicas particulares, 91 protestantes y 98 neutras (laicas y ferre-ristas).

Calcule el lector qué estrago no sería para España el convertir—que a eso se tiende—las treinta y cuatro mil y pico escuelas públicas en otros tantos centros antirreligiosos y antipatrióticos.



Calcúlelo y díganos si no es deber nuestro de conciencia estrechísimo el oponerse con todas las fuerzas a que tal enormidad se cometa, máximo teniendo en cuenta que nos ampara la Constitución y las leyes del Reino, que para algo se han escrito.

Dice el Gobierno que suprimirá la enseñanza del Catecismo en las escuelas atendiendo las demandas de parte de la opinión.

¿En qué opinión se inspira el Gobierno?  
¿En la sensata, en la moral, en la patriótica, en la honrada? .

¿O bien en la revolucionaria y anárquica: antimilitarista, antipatriótica y antisocial?  
¿Que se publiquen las peticiones en pro y en contra de la enseñanza católica!

El Gobierno quiere declarar libre la enseñanza del Catecismo para asegurar la *libertad de conciencia*.

¿Como si los niños tuvieran conciencia de sus actos, como supone el Conde!

Esos niños cuando sean hombres serán buenos o malos según les hayan educado, según les hayan formado el corazón.

Hay pues que educarlos bien, hay que enseñarles a huir del vicio y amar la virtud.

Hay que enseñarles el santo temor de Dios, el amor a sus padres, a la autoridad, a la familia, a la patria.

Un diario liberal conservador madrileño protesta de la amenaza del Gobierno de menguar la influencia del Catecismo en las escuelas.

Dice que los problemas de España, son de buena administración, no religiosos.

Añade que desarraigar los sentimientos cristianos es preparar una generación bárbara, sin ideal, a lo Ferrer, y esto no lo pueden tolerar ni consentir los católicos españoles.

Conforme en absoluto.

Pero ¿ha reparado el colega en que sus políticos han sido también cómplices de la anarquía que reina en España, y que en sus manos ha estado el remediarlo y no lo han hecho?

¿No sabe también que los suyos han abandonado la buena administración y se han ocupado en los *problemas* religiosos, y por cierto para mermar los derechos del clero y de las órdenes religiosas?

Peró ¡lo que saben estos políticos!

El mismo día que acordaban los ministros desterrar el Catecismo de las escuelas les aumentaron el sueldo a los maestros de Instrucción primaria.

A 1.075 profesores que disfrutaban a 825 pesetas anuales, les han elevado a 1000 pesetas la asignación.

Y les prometen más.

Para tenerlos sumisos, y que, lejos, de protestar, les ayuden en su obra liberalizante. Pero ¡lo que saben!

## Sección agrícola

### La paz de los campos.

«Regarás la tierra con el sudor de tu frente.» Esta frase del Señor a nuestro común padre, fué el prólogo de la Agricultura en la aurora de los tiempos.

La tierra es nuestra madre, es el laboratorio generador de la materia; por eso la agricultura es la ciencia de vida, es, permítase la expresión, una como psicología de la tierra; y, sin embargo, el labrador es despreciado, y el arte de Columela, el que poetizó Virgilio en sus *Geórgicas*, el que sublimó Jehová en los Libros Santos, es mirado con desdén.

Hay una relación misteriosa entre la moral de los pueblos y sus ocupaciones agrícolas. En esta clase sufrida y morigerada se hallan modelos de honradez a toda prueba, porque la corrupción moral por ser liviana, afecta con preferencia a las clases altas, se detiene en la burguesía, y tarda mucho en descender al suelo donde se agita el humilde agricultor.

Roma debió su grandeza a sus patricios, hombres sencillos que ejercían la agricultura. Los varones más ilustres del patriciado llevan apelativos con ella relacionados; Fabio, Léntulo, Pison, Agrícola. Cerealis... son nombres bien significativos. Cincinato dejó el arado por dos veces para ceñirse las insignias de dictador. Cuando revestido de la suprema dignidad iba a partir para salvar la ciudad de Rómulo, dijo contristado a su mujer: «¡Quién cultivará este año nuestro campo!»

Los patriarcas de la Ley antigua, poseían inmensos territorios, y apacentaban ganados. Saúl fué elegido rey mientras cuidaba los asnos de su padre, y David, el Rey profeta, fué pastor y manejaba la honda como un balar. El secreto de la fuerza y de los triunfos de estos pueblos, se hallaría en la sencillez de su vida agrícola.

Ya dijo el sabio Monescillo que bastaban dos cosas para hacer la felicidad de las naciones; pan y hojas de Catecismo: (1) hermoso maridaje que abarca todo lo deseable, pan para el cuerpo, Catecismo para el alma. El sacerdote y el labrador cierran el cielo de todas nuestras aspiraciones.

Y sin embargo, la población rural se agota para llenar las fábricas y la tierra queda sola, triste como una madre dolorosa, endurecida por las escarchas y sofocada por los abrojos.

¿Hemos de ser todos labradores? ¿Son ociosas las demás profesiones? En absoluto, no; mas los pueblos postergando al labrador se degeneran, y fomentando los demás artes y oficios se corrompen. La profesión del agricultor debiera ser mirada con preferencia en lo material, porque produce mayores y más saneados rendimientos, y en lo moral, porque es salvaguardia de las buenas costumbres.

A la caída de la tarde, cuando el sol traspone las lomas lejanas y tamiza por entre el ramaje un rayo moribundo, el labriego enjuga su frente, alza la vista al cielo y murmura una bendición. Las sombras de la noche le envuelven, y emprende el regreso a su aldea, con la alegría en el corazón y la canción en los labios.

Al llegar a su humilde albergue le aguardan junto a la era su mujer y los tiernos retoños, ágiles y sanos, que se prenden a su cuello como los sarmientos a la vid, y enjugan el sudor del trabajo con los besos del amor. Allí

(1) Entiéndanlo el señor Romanones y comparsa.

cabe una encina que hizo sombra a cuatro generaciones, se reúne la dichosa familia al resplandor de la luna, y rezan el Rosario que en aquella hora silenciosa y solemne, semeja la salmodia de los antiguos patriarcas al pie de las tiendas del desierto.

Cuando contemplamos estas escenas, sentimos lástima de la humanidad que se priva de los goces más intensos de la vida.

El labrador encorvado sobre la tierra, haciendo brotar flores y frutos al golpe de su azadón, descubre el cielo mejor que el astrónomo contemplando con una lente los espacios.

Bernardo Montolíu, C. R.

## Mi perro y yo

Tengo un perro feucho, pequeño  
Que vino a mi casa  
Fugitivo medroso, temblando  
Y arrastrando una sogá muy larga.  
Unos fieros muchachos del pueblo  
Le llevaban detrás arrastrando  
Y él aullaba, tan misero y triste  
Que a mi me dió lástima.  
Y le di de comer, y le puse  
Un saco por cama  
El quedóse contento conmigo,  
De mi lado jamás se separa  
Y si voy a la calle, me sigue,  
Si me siento, se sienta a mis plantas,  
Si le hablo, si le hago caricias,  
Extasiado me mira a la cara  
Y si alguno se acerca de pronto  
Le gruñe y le ladra.  
Por un techo, un rincón, un mendrugo  
Que no valen nada,  
Me he ganado un amigo sincero  
Que nunca me engaña,  
Que me sirve obediente y me busca  
Me sigue y me guarda.  
¡Por favor tan pequeño y mezoquino  
Qué espléndida paga!

Yo, Señor, recibí de Tus manos  
El cuerpo y el alma.  
Un palacio me diste en el mundo  
Cual regia morada  
Y una gloria sin fin en el cielo  
Contemplando tu esencia increada.  
Pecador y caído me viste  
Perdido y sin patria,  
Y bajaste del cielo a salvarme  
Y tomaste mi carne pesada  
Y sufriste por mí acerba muerte  
Y afrentas y llagas...  
¡Ay de mí! Cuando pienso estas cosas  
Y mi perro se tiende a mis plantas,  
Confusión y dolor y vergüenza  
Me dan sus miradas,  
Y me veo tan ruín, tan ingrato  
Que los ojos se llenan de lágrimas  
¿De qué es este pecho?  
¿Es un risco de alguna montaña?...  
Ni amores le mueven,  
Ni favores tan grandes le ablandan,  
¡Padre mío! de aquella corona  
Que tu frente divina rasgaba,  
Haz que caiga una gota de sangre  
Purísima y cálida  
Y este ruín corazón, este hielo  
Derretido, consúmase en llamas.  
¡No me dejes, Señor, no permitas  
Que tu hijo caiga  
Tan abyecto, tan ruín y tan bajo,  
Que nacido en regiones tan altas  
Llore y se avergüence  
Ante el perro que duerme a sus plantas.

CARLOS G. VERDUGO.



## EPISODIO DE LA "COMMUNE"

Durante las fiestas de Pascuas del lúgubre año de 1871 en París, en que todos los días de fiesta eran días de luto, una mujer de alguna edad, vestida de negro de pies a cabeza, de mejillas enjuta y ojos enrojecidos por las lágrimas, se presentaba ante la puerta de la cárcel de Mazas y solicitaba hablar con Mons. Darboy. El hombre a quien se dirigió la miró de arriba abajo y la dijo:

—¿Hablar al clerizonte? ¿No sabes que está prohibido hablar con esa gente?

—¡Oh! Se lo suplico.

—¿Quién eres tú?

—Soy una desgraciada mujer a quien Monseñor ha socorrido muchas noches.

—¿Cómo te llamas?

—Clemencia.

—No conozco...

—¿Me permitís ver a Monseñor?

—De ninguna manera, y si tengo un consejo que darte: que no pronuncies en alta voz ese nombre. Podrían encarcelarte.

—¿Pues qué he hecho?

—Vamos, basta, márchate, no has tenido poca suerte en tropezar conmigo.

La mujer retrocedió lentamente, enjugándose sus lágrimas.

Después se aproximó otra vez al carcelero, y le dijo:

—¿No podrías a lo menos entregarle esto de mi parte? Sería un gran favor, y no os comprometeríais. Si tenéis hijos, hacedlo en nombre de ellos y os encomendaré a Dios.

—Te dispenso de rezos, pero veamos qué es eso.

La mujer sacó de su bolsillo un huevo encarnado.

—¿Cómo se llama eso?

—Un huevo de pascua.

—¿Un huevo de pascua? ¡Ah! Es hoy la fiesta de la clerigalla, que bien poco se conoce estamos en ella. ¿No es verdad, ciudadana?

Y se sonrió irónicamente.

Clemencia no respondió.

—¿Me prometéis entregárselo?—murmuró.

—Es cosa fácil; quiero hacerlo por tí, porque me parece has sufrido mucho.

Tomó el don de la pobre mujer, y habiéndose ésta alejado, la puerta se abrió bruscamente. Un hombre de uniforme, con las mangas y el kópis galoneados de oro, entró en la habitación.

—¿Qué hay de nuevo?—dijo brutalmente.

—Nada, Coronel. Han traído esto para el que se llama Darboy.

—Está bien; dámelo. Y cogió el huevo y se lo metió en el bolsillo.

En la noche de aquel mismo día tenía lugar un gran festín en una casa del barrio de San Honoré, y a él había concurrido casi toda la oficialidad del Gobierno del 18 de Marzo. La mesa

estaba espléndidamente servida, y cubiertos de plata brillaban sobre blanquísimo mantel. Eran las diez y la comida estaba para terminarse. Entre los convidados se hallaba el flamante Coronel de la cárcel de Mazas. La conversación, muy animada, versaba sobre la guerra para insultar a los Generales, y sobre la Religión para burlarse de ella.

—Es necesario que cuente—dijo el Coronel—una historia muy divertida. Ya sabéis que estamos en Pascua, y esta mañana he hecho en la cárcel una presa... que no será fácil adivinéis....

—Decid cuál.

—Un huevo de pascua, que una vieja loca quería dar al ciudadano Darboy.

Y sacando el huevo de su bolsillo, lo hizo rodar sobre la mesa.

Tomóle uno de los convidados y dijo:

—Vamos a ver qué hay dentro. Lo pondremos después en ensalada, que un huevo bendito no puede hacernos daño.

—Apostemos a que hay algún Rosario—dijo uno.

—Apostemos que hay medallas—dijo otro.

Y partiendo el huevo en dos mitades, salió de él un papelito plegado en cuatro dobleces.

—¡Hola!—dijo uno.—Eso tiene trazas de una conspiración.

—Léase en alta voz—gritaron muchos convidados.

El papel contenía las siguientes líneas:

«Monseñor:

»No pudiendo verle, uso esta estratagemata para manifestarle mi viva gratitud. Sin vuestro auxilio, sin los socorros que me habéis enviado, mis dos hijos, há mucho tiempo enfermos, hubieran muerto. La carestía de víveres hubiera sido la causa de su muerte. Han experimentado algún alivio, y solicitado vuestra bendición. Todos los días, a las dos de la tarde, los conduciré ante los muros de la cárcel: extended los brazos hácia ellos, y por segunda vez les daréis la vida, como también a su desgraciada madre.»

Estrepitosas carcajadas interrumpieron la lectura.—¡Bah! la conspiración no es peligrosa. A menos que la bendición no haga caer las paredes de la cárcel, como el ruido de las trompetas hizo caer a Jericó.

—¿Está firmada la carta?—preguntó uno.

Lástima sería no conocer el nombre de esa ciudadana.

—Sí, sí—dijo el que tenía el papel.—Esperad... es difícil leer el nombre... Clemencia Arpentini.

Todos miraron al Coronel que había traído el huevo. Estaba horriblemente pálido.

—¡Clemencia Arpentini!—balbuceó; —¡pero si es mi madre! Mi madre, que he dejado sin pan. ¡Oh! ¡Soy un miserable!

Se levantó y salió precipitadamente de la sala, que todos, poco a poco, dejaron vivamente impresionados.

¿Qué fué del Coronel Arpentini? ¿Pereció quizá oscuramente en la esquina de una calle, confundido con los millares de cadáveres que llenaban las aceras cuando entraron los soldados prusianos? Su nombre no ha figurado ni en los procesos de los Consejos de Guerra, ni entre los proscritos en tierra extranjera.

Sólo se sabe que momentos antes de ser fusilado Monseñor Darboy, un hombre con el uniforme hecho pedazos cayó de rodillas a sus pies y le dijo:

—«Monseñor, voy a morir, dadme vuestra bendición como la dísteis a mis hermanos.»

Aquel hombre tan humillado ante el mártir de Cristo, era el Coronel Arpentini.

(De El Pilar).

## Las damas españolas

De la conversación tenida entre estas nobles hijas de España y el Sr. Conde de Romanones, con motivo de la intentona de este último de hacer voluntaria en las escuelas públicas la enseñanza de la Doctrina Cristiana, queremos dejar consignado aquí cómo digno ejemplo de saber y entereza católica, lo siguiente:

Habla la marquesa de Unzá del Valle.

«En España todos somos católicos—vino a decir—y el que no es católico no es nada; y aunque trabajan los protestantes mucho, nada han conseguido.

—Eso ya lo sé yo—replicó el presidente del Consejo

—Pues entonces ¿qué es lo que usted pretende? ¿Que crean fuera de aquí que somos lo que no somos? Si a usted mismo le dijese que sus hijos no son católicos, no le gustaría.

—Claro que no—dijo el jefe del Gobierno.

—Pues nosotras no queremos tampoco que crean que no somos católicos.

—Díganos usted—le preguntaron después—quiénes son los que en España piden esto, y que organicen una manifestación como la nuestra de ayer y como las que organizaremos, si hace falta.

Que vengan esas personas, para que las conozcamos y sepamos quiénes son—añadieron varias, entre ellas las marquesas de la Mina, Aguilafuente y los Velez; condesa de Casa-Valencia y muchas otras.

—Yo—dijo el conde—creo que ustedes representan a las señoras, solo a las señoras.

—No—replicó enérgicamente la de Casa-Valencia;—representamos a la mujer española, que piensa como nosotras; y si usted lo pone en duda, traeremos comisiones numerosísimas de honradas mujeres del pueblo.

La marquesa de la Mina añadió:

—Usted no conoce tan bien como nosotras a esas mujeres, por estar nosotras en más contacto con el pueblo y poder apreciar sus miserias. Créalo usted: nosotras sabemos lo que piensa y desea ese pueblo.

—También debemos decir a usted, señor presidente—agregó la marquesa de Unzá del Valle—lo que oímos ayer. La reunión de señoras, en masa, quería venir a protestar aquí. Nosotras, al venir en representación de ella, no crea usted que venimos sólo para dar un paso diplomático y tranquilizar con esto nuestras conciencias, no; venimos a decirle a usted que, si no accede a nuestro ruego, vendrán otras y otras comisiones, formadas por millares de hombres y mujeres, hasta que comprenda usted cuál es la verdadera opinión del país en este asunto.



—Pero háganse ustedes cargo, señoras,—dijo el de Romanones—que España está entre dos Repúblicas, la de Francia y la de Portugal, y no hay que olvidar esto.

—Pues, ¡por eso!—gritaron todas.—Por eso: para que no se establezca aquí también la república, debemos trabajar. El que usted sigue es el camino para que venga. No queremos que se llegue a la desmoralización a que han llegado otras naciones, y por eso damos este paso.

—Pero ustedes, que son tan monárquicas—replicó el conde—comprenderán que es necesario hacer lo que yo hago.

—No, señor, no; porque somos tan amantes de la Monarquía y de nuestros Reyes, queremos que no se siga aquí el camino que se ha seguido en esas naciones, y crea usted que a nosotras no se nos engaña con falsos temores; sabemos que en España hay fuerza y valor para sostener estos ideales. España fué grande siendo católica; los españoles son valientes y valiente ha de ser quien los mande, llegada la ocasión.

—Si; así piensan las mujeres; pero los hombres piensan como yo.

—No; está usted equivocado; si piensan como usted, no estaríamos nosotras aquí; venimos con consentimiento de nuestros maridos.

—Piense usted también—dijo la marquesa de Unzá del Valle—que los niños que asisten a las escuelas son hijos de padres católicos, y que están bautizados, siendo, por consiguiente, hijos de Dios y herederos del Cielo, y que aunque a algún padre no le importara que supiese esto su hijo, no puede impedir que lo sepa, sin faltar a su obligación y mucho menos puede hacerlo el Gobierno.

—Pues bien—dijo él, al verse acosado por tantos argumentos—: tengan ustedes entendido que yo lo haré todo de acuerdo con la Santa Sede, y ustedes, como católicas, deben quedar con esto satisfechas.

A lo cual replicaron ellas también:

—Respecto a esto, diremos a usted que la Iglesia no es intransigente en absoluto por lo cual vemos que unas naciones por razón especial, se tolera lo que no se tolera en otras.

Si usted, en nombre del Gobierno, dice a Su Santidad que aquí son necesarias esas modificaciones, porque estamos entre dos Repúblicas y por temor a una revolución, nosotras también levantaremos nuestra voz, para que llegue al Papa, a fin de que sepa que todas estas son fantasías y deseos de unos pocos; pero que no son necesarias aquí donde somos católicos verdaderos, y no necesitamos, por lo tanto, tales tolerancias, que, aunque embozadas, van a descristianizar la nación.»

## Los pobres y las obras de misericordia corporal

### El fuego de Pentápolis

Y por eso Dios nos castiga con el fuego de Pentápolis.

¿Sabéis cuál fué la iniquidad de Sodoma que castigó con el fuego?

Decía Ezequiel: «Esta fué la iniquidad de Sodoma: la soberbia, la saciedad y hartura de comer, el ocio suyo y sus hijas, y el que no daban la mano al necesitado y al pobre...»

Tal es también hoy la iniquidad de muchísimas familias, sociedades y pueblos ricos: la soberbia, el orgullo, el ocio, la hartura de regalos y el no alargar la mano al necesitado.

Por eso brota entre nosotros, no el fuego de Pentápolis sino otro fuego mucho mayor, el socialismo y el anarquismo, el odio del que se consume de hambre y se gasta en el trabajo, contra el que se embriaga en la abundancia y se desmezala en el descanso. La envidia, la rabia del que después de trabajar y rendirse roe el hueso, contra el que después de dormir devora la tajada. El aborrecimiento de los que pasan la vida en la tristeza de una habitación oscura, envueltos en andrajos, devorando un pan duro y escaso, enfermizos y arrinconados, contra los

que habitan en palacios, uno en cada estación, vestidos de preciosas telas, un vestido cada semana, gozando las primicias de la tierra, rollizos y espléndidos, sin ver ni aun con los ojos las miserias...

El socialismo, el anarquismo, son la ira de Dios, el fuego del cielo que llueve sobre nuestras ciudades sin misericordia, sobre nuestra abundancia sin compasión ni caridad.

No podemos decir a los ricos lo que queremos. Hay tanta susceptibilidad que no nos sufrirían si dijésemos sencillamente la verdad.

Los que sois ricos y leéis estas páginas, no digáis semejante cosa. Atended más bien a las razones. Acordaos de que Dios os ha dada mucho para hacer bien a muchos. De que no es lo mismo que sea vuestro lo que tenéis, como que sea para vosotros. Dad, dad mucho, dad a muchos, pasad por este mundo como Jesucristo: haciendo bien.

Los que no sois ricos, pero podéis practicar con obras la misericordia sed así misericordiosos, y haced obras de caridad personal.

Y todos tened bien presentes como norma y estímulo de vuestra conducta esta máxima:

«¿Qué querría yo que me hiciesen si estuviera en el lugar de este pobre que tengo delante de mí?»

Y esta otra:

«Si este pobre que está delante de mí fuese Jesucristo ¿qué le haría?»

Y recorriendo las obras de misericordia haced todo cuanto podáis hacer por remediar las necesidades de vuestros prójimos.

*Beatus qui intelligit super egenum et pauperem. In die mala liberabit eum Dominus.*

¡Dichoso el que atiende al pobre y al necesitado! en el día malo le librará el Señor.

REMIGIO VILARIÑO, S. J.

### Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE

Años 1906 y 7 a 2,50 pesetas cada una. Años 1908-9-10-11 y 12 a 3 pesetas cada una.

Envíos certificados 0'25 de pesetas una.

### Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

#### Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

#### Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

### BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

#### CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

### Acebal, Rato y Comp.<sup>a</sup>

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas etc.

### UN BUEN SERMÓN

Callemín, uno de los apaches de la banda de Bonnot, al ser interrogado en el proceso que acaba de celebrarse en París, hizo un claro resumen de lo que es un hombre apartado de la moral cristiana. Hé aquí qué palabras dijo: «Yo me he criado en una sociedad sin Dios, sin moral, sin decálogo; me eduqué en una escuela laica, de donde salí con la conciencia de un caballo...»

«No lo dudéis, señores magistrados, una sociedad que quita los crucifijos de los tribunales de justicia y de las escuelas; una civilización que persigue las ideas religiosas, no puede dar otro fruto que el *apachismo*.»

Si entre los oyentes había partidarios del laicismo masónico, las solemnes palabras de Callemín les debieron hacer el efecto de un botón de fuego estampado en medio de su rostro, y en sus adentros dirían: Ved ahí a un apache convertido en predicador, y cuyo sermón será oído no sólo en Francia, sino que también en todo el mundo civilizado, para condenar la escuela laica y darnos a los que la hemos patrocinado e implantado un solemne rapapolvo.

Hay palabras que parecen providenciales.

CLÁ Y CATALÁ.

### Correspondencia administrativa

Sr. D. J. A.—P. de Mallorca.—Pagó a fin Febrero 1913.

Sres. D. B. S. G. y D. L. A. M. de Ujo.—Pagaron a fin Abril 1913.

Sr. D. G. B. C.—Blimea.—Id. id. id.—De su protesta y otras, hablaremos en el número próximo.